

# Los Verdes, al poder

Cristina Narbona

La globalización de la crisis ecológica —y no sólo financiera— de nuestro modelo de desarrollo es cada vez más evidente. Los científicos alertan con contundencia sobre los riesgos de modos de producción y de consumo que hemos llegado a considerar sinónimos del bienestar. Sin embargo, la mayoría de los responsables políticos de los países industrializados siguen preocupándose más por la reducción de una décima en el déficit público que por la potenciación de las tecnologías limpias o por la recuperación de los ecosistemas degradados.

Al mismo tiempo, estamos asistiendo a una presencia creciente de los partidos «Verdes» en los gobiernos europeos: Francia, Italia, Alemania, Suecia y Finlandia cuentan ya con ministros representantes del ecologismo político; y los partidos Verdes tienen también representación en los parlamentos de Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Dinamarca —y en el propio Parlamento Europeo—. Dentro del movimiento ecologista existe un rechazo bastante generalizado ante el acceso de sus miembros a las tareas de gobierno, con el argumento —sin duda justificado— de la dificultad de mantener intactas sus posiciones una vez en el ejercicio del poder. Algunas organizaciones —es el caso del Greenpeace— llevan su deseo de independencia hasta el rechazo de cualquier tipo de ayuda pública o de relación económica con las administraciones.

Mi opinión personal es que cuanto más amplio sea el abanico de las modalidades de relación Verdes-Gobiernos (incluyendo su participación en el mismo), tanto mejor. Es muy difícil cambiar las prioridades políticas sin actuar desde las propias instituciones que las establecen, aunque, sin ninguna duda, la presión de ciudadanos cada vez más informados y responsables, favorece «desde fuera» la reorientación ecológica de dichas prioridades.

No es causal, por otra parte, que los verdes hayan entrado a formar parte de gobiernos socialdemócratas. Aunque la ideología ecologista no es, en sí misma, «ni de izquierdas, ni de derechas, sino que mira hacia adelante», como señala el Partido Verde alemán, no cabe duda de que sus postulados tienen muchos puntos de coincidencia con los de quienes defendemos la solidaridad garantizada por la acción colectiva, frente a las panaceas del «libre mercado».

La gravedad de los retos ambientales propios de este final de milenio requieren el compromiso de los defensores del desarrollo sostenible, dentro y fuera de las estructuras del poder. Y por supuesto, esto vale también para los sindicatos, las asociaciones empresariales y profesionales, la universidad, las asociaciones vecinales y de consumidores ...

Por ello, bienvenido sea el acuerdo entre la CODA y AEDENAT —que puede dotar de un mensaje común a centenares de ONG ambientalistas de España—, nítidamente anclado en su ausencia de vinculación expresa con ningún partido político; pero bienvenida sea también la reciente reaparición de Los Verdes, como formación política autónoma, dispuesta, una vez más, a llegar al Parlamento Nacional en las próximas elecciones. Y hagamos, además, todo lo posible, para denunciar las negativas implicaciones ambientales de un contexto de relaciones laborales marcado por la precariedad, en el que los sindicatos deberían, de una vez por todas, exigir también cambios en las tecnologías dominantes para contribuir a la sostenibilidad.